

cion, al cabo de algun tiempo se tendrá un repertorio selecto y precioso, que casi equivaldrá á una biblioteca completa.

De los sobredichos libros escoja, no lo que sea mas florido y campanudo, que no es esto lo que ordinariamente hace fruto; sino lo que sea mas necesario, mas útil y mas acomodado á la escasa comprension del pueblo. Fije bien en su memoria todo lo que haya de decir: de lo contrario, el embarazo de la lengua y las suspensiones que forzosamente habrá de hacer, quitarán á sus palabras toda la fuerza y toda la uncion. No abrace demasiada materia en una sola instruccion; porque, ó tendrá que tratarla superficialmente, y entonces no hará fruto; ó habrá de ser muy difuso, y en tal caso fatigará la paciencia de los que le escuchan.

Por mas que prepare bien sus instrucciones bajo el punto de vista literario, no espere gran fruto de ellas, si antes de darlas no va á los piés de su Crucifijo á fomentarlas con el sagrado calor de la oracion. Para conmover al que oye, es menester esté conmovido el que habla; y no puede comunicar calor al corazon de los otros, quien no le tiene en el suyo propio. Mas, ¿cómo tendrá el cura el calor que se requiere para persuadir, si prescinde de la oracion, que es el principal medio para adquirirlo? Además, ¿cómo quiere que Dios bendiga sus trabajos, si él presume hacerlo todo por sí solo? ¿Ignora acaso que, *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat Deus*<sup>1</sup>? ¿Puede olvidar el *Sine me, nihil potestis facere*<sup>2</sup>? Los Santos, en habiendo de predicar, primero acudian al Crucifijo que á los libros; y del mismo Jesucristo leemos que, habiendo de dia predicado á las turbas, pasaba las noches enteras en la oracion: *Erat pernoctans in oratione Dei*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> I Cor. III, 7. — <sup>2</sup> Joan. xv, 5. — <sup>3</sup> Luc. vi, 12.

## PREDICACION.

Puesto que el cura está obligado por derecho natural, eclesiástico y divino á tener, cuanto sea de su parte, á sus feligreses perfectamente instruidos en la doctrina cristiana, es consiguiénte le indiquemos los medios que debe adoptar para conseguirlo. El primero es, explicarles las verdades, así dogmáticas como morales de la Religion, por medio de pláticas. Este método de instruir es excelente, sobre todo si el que lo emplea tiene dotes oratorias. La plática se puede hacer de dos maneras, ó dándole la forma de sermón, ó arreglándola al estilo de homilía. Para hacerla del primer modo se elige un texto del Evangelio del dia, se deduce de él alguna verdad clásica perteneciente á la fe ó á las costumbres; y tomándola por objeto principal del discurso, se van aduciendo pruebas, hasta tenerla profundamente grabada en el ánimo de los oyentes; viniendo al último al terreno de la práctica por medio de aplicaciones oportunas, que tiendan á la reforma de las costumbres, á la extirpacion de los desórdenes mas comunes en la parroquia, y al ejercicio de las virtudes cristianas que sean mas propias del estado de cada uno.

Las verdades sobre las cuales debe el cura insistir con mas empeño, y que con mas frecuencia ha de tratar, son las siguientes: la necesidad de entregarse á Dios desde los primeros años; la malicia del pecado mortal y sus consecuencias; la caridad para con el prójimo; el perdon de las injurias; la paz entre las familias; la sumision á los padres y demás su-

periores ; el cuidado de los hijos y demás dependientes ; el peligro que hay en los tratos, bailes y semejantes diversiones mundanas ; la fealdad del detestable vicio de la impureza, y daños irreparables que causa ; la santificacion de las fiestas ; el respeto en la iglesia ; las condiciones de una buena confesion ; la frecuencia de Sacramentos ; la necesidad de prepararse con tiempo para la muerte ; la devocion al santísimo Sacramento, á los Santos y á la Reina de ellos, María santísima. Estas verdades comunes podrá tratarlas el cura en la misa parroquial y en las pláticas que dirija á sus feligreses desde el pié del altar ; pero será muy bueno, y se lo aconsejamos mucho, que ó por sí mismo, ó por medio de su vicario, ó de algun predicador forastero llamado al intento, haga tres ó cuatro veces cada año un sermon desde el púlpito, y con *Ave Maria*, sobre las verdades mas fuertes de la Religion, como son los novísimos, la impenitencia final, la muerte del pecador, la comunion sacrílega, el callar pecados en la confesion y la infinita misericordia de Dios. Esta clase de sermones llevan sobre las pláticas una gran ventaja, y es que en ellos brilla mas la palabra de Dios, causan mas novedad, cautivan mas la atencion, y consiguientemente producen mas fruto. La experiencia enseña que, si el que los predica sabe manejarlos con destreza y habilidad, hacen maravillas y logran grandes conversiones.

Aunque el cura ha de disponer de tal modo sus pláticas, que siempre parezcan nuevas, aun cuando no lo sean en el fondo ; sin embargo, no tenga reparo alguno en tratar con frecuencia aquellas materias de que tienen mas necesidad sus feligreses. Hay quien no se atreve á hablar de una misma cosa mas que dos ó tres veces al año, por temor de que esto no se le atribuya á falta de conocimientos ; pero esto es un absurdo. Si solo dos ó tres veces al año se predica contra ciertos desórde-

nes, ¿ cómo se extirparán ? San Pablo escribia á Timoteo que predicase oportuna é importunamente : *Prædica verbum, insta opportunè, importunè* ; es decir, con insistencia y sin tregua ; porque si no se vuelve muchas veces sobre un mismo punto de moral, los abusos contrarios no desaparecen ; cuando si se usa de una cierta importunidad, dirigida como se supone por la prudencia, al fin se pone remedio á los males mas inveterados.

La plática, como queda dicho, puede tambien arreglarse en forma de homilía, y se hace del modo siguiente : Despues de haber expuesto palabra por palabra todo el Evangelio del dia, se vuelven á tomar por separado todos los textos mas notables y que ofrecen alguna circunstancia particular, digna de ser observada, haciendo sobre cada uno las reflexiones á que se presten y sean mas adecuadas á las diferentes condiciones de los que escuchan. Este método de instruir fue muy familiar á los santos Padres, sobre todo á san Agustin, san Juan Crisóstomo, san Gregorio y san Leon papa, quienes usaron de él con gran provecho del pueblo cristiano. No es dado á todos componer homilías perfectas y acabadas ; pero con el auxilio de buenos expositores, como son Tirini, Cornelio Alávide y sobre todo el cardenal Hugo, se nos figura que un cura de medianos alcances puede hacer homilías bastante buenas y de gran provecho.

## CATECISMO.

De todas cuantas funciones abraza el ministerio eclesiástico, la mas excelente, la mas necesaria, y al mismo tiempo la mas meritoria, es la que ejerce el sacerdote cuando enseña el catecismo. Es la mas excelente, porque ha sido la ocupacion favorita de los Santos mas ilustres, la de todos los Apóstoles, y hasta la del mismo Jesucristo, de quien se lee que iba recorriendo las ciudades y aldeas, enseñando á todos el reino de Dios: *Iter faciebat per civitates, et castella, prædicans et evangelizans regnum Dei*<sup>1</sup>. Es la mas necesaria, porque ¿qué cosa mas necesaria que enseñar á los hombres la naturaleza de Dios, sus perfecciones, su religion, sus leyes, su voluntad, sus promesas, sus premios y sus castigos? Mas se aprenden estas cosas en un solo catecismo que en diez sermones; porque los sermones son como las lluvias estrepitosas de verano, que forman grandes torrentes sin penetrar en la tierra, por tener el curso demasiado rápido; al paso que el catecismo es como la lluvia de invierno que, cayendo suavemente en pequeñas gotas, se infiltra en la tierra hasta el fondo, y la dispone para dar frutos abundantes. Es tambien la funcion mas meritoria, porque siendo la menos brillante en la apariencia, es la mas penosa en la realidad.

Con el catecismo logrará el cura ventajas inapreciables, que no conseguirá por ningun otro medio: tendrá el consuelo de

<sup>1</sup> Luc. VIII, 1.

ver á los niños dados á la virtud, antes que puedan entregarse á los vicios; y Dios tomará posesion de sus inocentes corazones, primero que el demonio vaya á apoderarse de ellos: tendrá una fundada esperanza de que estos niños perseverarán en la virtud, y de que, siendo con el tiempo buenos jefes de familia, le ayudarán á perpetuar la piedad en la parroquia: se granjeará el amor y la estimacion de los niños, la benevolencia y confianza de los padres, y lo que es mas, las bendiciones y recompensas del Señor, quien, en premio de sus desvelos y fatigas, hará que brille en el cielo como las estrellas del firmamento: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates*<sup>1</sup>.

Para que el catecismo dé los buenos resultados que acabamos de decir, es menester partir de los siguientes principios: Puesto que no necesitan menos de él los adultos que los niños, tanto para aprender lo que ignoran, como para no olvidar lo que saben, debe el cura destinar á la enseñanza del catecismo la hora mas cómoda para que pueda asistir la generalidad de los feligreses. Por esto pare atención á cuál de las dos misas concurre mas pueblo, si á la matutinal ó á la mayor, y escoja para la instruccion aquella á la cual suele haber mas asistencia. Si nota descuido en asistir, excite el celo de los que pueden remediarlo, sobre todo el de los padres, amos y maestros. Jamás deje ni acorte el catecismo por complacer á ciertos feligreses perdidos, que desean salir pronto de la iglesia para poder emplear mas tiempo en sus negocios y holganzas. La prudencia de ciertos curas que ó lo dejan del todo ó lo enseñan á la ligera, con el fin, segun dicen, de evitar quejas y murmuraciones, no es prudencia evangélica, sino animal y terrena. Ahórrensele en hora buena al prójimo todos los pecados que

<sup>1</sup> Dan. XII, 3.

buenamente se pueda ; pero que no sea esto en perjuicio de las almas, y faltando á la propia obligacion.

Durante el catecismo será bueno que los niños estén separados de los adultos, y colocados en lugar que sus respuestas puedan oirse desde las extremidades de la iglesia. No vaya el cura á preguntar á los adultos, á no ser que ellos mismos se ofreciesen espontáneamente á responder ; de lo contrario se creerian afrentados, y no osarian asistir mas al catecismo. Los niños deben igualmente estar separados de las niñas, y puestos todos en tal órden, que cada uno de los dos pelotones esté dividido en secciones diferentes, poniendo en una á los mas grandecitos y aventajados, y en otra á los mas pequeños y que saben menos. Comience por preguntar á los mas pequeños ; y á fin de que, mientras está con ellos, los otros no se distraigan, hágales una que otra pregunta sobre las cosas mas fáciles : así los obligará á estar atentos, y al propio tiempo impedirá que olviden aquella doctrina, que por ser mas fácil, no es menos necesaria. Igualmente será bueno que mientras habla con los mas grandecitos, haga algunas preguntas á los pequeños : de este modo impedirá el que estén distraidos mirando á una y á otra parte ; y aun puede suceder que alguna vez los grandes queden saludablemente confusos, viendo que los pequeñitos responden mejor que ellos. Si es posible, ningún niño salga del catecismo sin haber sido preguntado : por pequeños que sean, se les ha de obligar á decir alguna cosa, ya para introducir entre ellos un cierto estímulo y emulacion, ya para halagar á sus padres, quienes, viendo que el cura se ocupa de sus chiquillos, tendrán mas cuidado de enyiárselos, les instruirán de antemano para que puedan contestar bien, y ellos mismos asistirán para oir sus respuestas.

Mientras el cura enseña el catecismo, ponga cuidado en no hablar demasiado : no es él quien ha de hablar mucho, sino

los niños. Así que, no ha de contentarse con que digan á secas las respuestas, sino que les ha de obligar á explicarse, del modo que sepan, sobre cada una de ellas : de este modo les irá acostumbrando á explicar lo que piensan, y les pondrá en disposicion de saber dar razon de lo que dicen. Si á cada pregunta añade el cura una larga disertacion, la cabeza flaca de los niños no podrá escucharla toda sin distraerse : por el contrario, si sus reflexiones son breves y penetrantes, los niños las comprenderán, y sacarán gran fruto de ellas. Una misma respuesta hágala repetir á diferentes niños, mas ó menos, segun fuere mas larga, difícil ó interesante : y á fin de que todos los que están en la iglesia la perciban mejor, escoja á un niño de los mas despejados, quien, puesto de cara á la concurrencia, la diga en voz alta, sonora é inteligible. Tome el cura tal posicion, que nunca dé las espaldas á nadie ; y colóquese en lugar que con la vista pueda dominar no solo á los niños que tiene á su contorno, sino tambien á todos los que están en la iglesia : su mirada continua les impondrá respeto y hará que le escuchen con mas atencion. No vaya andando de una parte á otra ; y si alguna vez tiene que cambiar de lugar, no hable mientras camina : de lo contrario, muchas de sus palabras se perderán en el aire y pasarán desapercibidas. Tampoco se acostumbre á ciertas frases favoritas ; porque, por muy exactas que sean, si las repite con mucha frecuencia, vendrán á hacerse ridículas, y serán materia de broma en las juntas y en los corrillos.

El catecismo se ha de enseñar con mucha dulzura y afabilidad, siguiendo en esto el ejemplo de Jesucristo, de quien nos dice el Evangelio que, cuando catequizaba á los niños, se les mostraba tan dulce y amable, que los abrazaba tiernamente : *Complexans eos*. La dulzura atrae y gana á los niños ; al paso que la dureza y el desabrimiento los aparta, los des-

corazona y les cierra la boca. ¿Por qué incomodarse con un pobre niño que no aprende desde luego lo que se le enseña? Lo que conviene es, compadecerse de él, tratarle con afecto y cariño, y con toda caridad irle repitiendo la misma pregunta, en la esperanza de que si hoy no la sabe, la sabrá otro día. Este aviso es de san Pablo : *Infirmum autem in fide assumite* <sup>1</sup>. Evítense, pues, las palabras duras é injuriosas, y con mucha mas razon los castigos y las amenazas, las cuales se oponen al espíritu de mansedumbre que debe animar al catequista, y que le está expresamente recomendado por el mismo Apóstol : *Vos qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis* <sup>2</sup>.

El catecismo requiere además gran tino, y mucha prudencia y circunspeccion. Gran tino en las expresiones que se profieren, á fin de no decir cosa alguna que pueda desedificar á los oyentes, lo que principalmente se ha de observar cuando se habla del sexto precepto. Mucha prudencia en las caricias que se hacen á los niños : seria grande indiscrecion hacerlas á los niños con cuyos padres se tiene alguna amistad particular, y negarlas á aquellos con cuyos padres ha mediado alguna queja ó cuestion ; porque, como cualquiera ve, esto daria lugar á que se dijese que el cura se deja dominar de la pasion, y que hasta en la misma iglesia da muestras del rencor que abriga en el pecho. Mucha circunspeccion en el trato que se da á los mismos chiquillos, no mostrándose mas complaciente con los de familias ricas que con los de padres pobres, para que no se pueda sospechar que el cura hace excepción de personas. Creemos excusado advertir, que con las niñas se ha de tener un comportamiento algo mas sério y formal que con los niños, por las razones que desde luego ocurrirán á cualquiera.

<sup>1</sup> Rom. XIV, 1. — <sup>2</sup> Gal. VI, 1.

El cura debe igualmente estudiar bien el carácter y la índole de cada uno de los niños que instruye, para saber cómo debe portarse con ellos. Á los que son de condicion tímida y apocada, ha de procurar darles ánimo, alabándoles cuando responden bien, y dando importancia á lo poco que saben, como si supieran mucho. Á los que tienen el genio demasiado vivo y atrevido, hágales de vez en cuando alguna pregunta á la que no sepan responder ; y esto al intento de humillarlos é impedir el que desprecien á los demás. Si el cura hace alguna pregunta difícil, ó propone algun caso para resolver, por ejemplo, si pregunta : ¿ Los padres que permiten á sus hijos el tener tratos amorosos están seguros en conciencia? en este y otros semejantes casos dirijase á los niños mas instruidos y que tengan mas facilidad en contestar. Si el caso es muy difícil y tal que pueda embarazar al niño, propóngalo en términos que la misma pregunta indique la respuesta. Si el niño responde con exactitud, apoye y corrobore su decision con razones breves y evidentes : si el niño da una resolucion demasiado fuerte, atempérela del modo que sea justo. Estas decisiones dadas por los niños hacen frecuentemente mas impresion y efecto en las personas adultas, que si las diese el mas consumado teólogo.

Durante el catecismo se ha de tener un aire afable, jovial y festivo ; cuidando empero de que la jovialidad no degenera en truhanería ; porque esto seria faltar al respeto que es debido á la palabra de Dios, al lugar santo, al sagrado ministerio y al auditorio. Por esto nunca se ha de hacer ninguna pregunta que provoque á risa, ó bien haga formar una idea baja de las cosas santas. Por ejemplo : á un niño que ha respondido que Dios está en todos los lugares, no debe hacerse esta otra pregunta, ¿ está, pues, en tu faltriquera? Esta y otras semejantes preguntas, al paso que revelan la bajeza

del espíritu del catequista, imprimen en la mente de los oyentes ideas groseras, que difícilmente se borran. Por la misma razón jamás el cura se sirva de expresiones que, tomadas en cierto sentido, puedan tener una significación poco casta: en todo cuanto dice ha de acreditar mucha cordura y sensatez.

Para complemento de este artículo advertiremos, que no se ha de pensar que los feligreses están ya suficientemente instruidos en la doctrina cristiana porque saben recitarla; pues, como cualquiera conoce, no puede decirse que la saben hasta que la entienden bien, y se hallen en estado de aplicarla oportunamente. Así que el cura no ha de contentarse con que sus feligreses sepan recitar la doctrina; sino que ha de esmerarse en que la entiendan. Hacemos esta observación, porque hemos visto alguna parroquia en la que los niños saben decorar con mucha expedición y soltura todo el catecismo; pero no entienden jota de lo que dicen.

### VIGILANCIA PASTORAL.

La vigilancia del pastor es el alma de una parroquia: en faltando esta, los vicios crecen, el desorden toma incremento, y los escándalos se propagan de un modo rápido y asombroso. Los malos no encuentran diques que los contengan, siembran descaradamente la zizaña entre los buenos, y levantan su frente insolente ante los ojos del mismo cura, puesto que ven los tiene cerrados. Este cura es como aquellos ídolos de quienes dice David, que tienen ojos y no ven, tienen oído y no oyen, tienen lengua y no hablan, tienen manos pero sin movimiento ni acción. Sustitúyase á ese fantasma de pastor un cura vigilante: su sola presencia lo enfrena todo; una mirada suya intimida al libertino, le reprime, y le obliga, si no á corregirse, á lo menos á guardar alguna moderación, y hasta á aparentar virtud y moralidad. ¡Cuántas virtudes flacas y vacilantes sostiene la vigilancia de un cura celoso! ¡Cuántas almas descarriadas vuelve al buen camino! ¡Cuántos escándalos corta! ¡Cuántos pecados impide! Una parroquia á la que Dios ha concedido un pastor vigilante y solícito, es como un jardín bien cultivado, y perfectamente cerrado por todas partes, en el que las plantas crecen con lozanía, sin peligro de que ninguna bestia entre á talarlas: al contrario, la parroquia á la que ha tocado la desgracia de tener un cura indolente y omiso, es semejante á aquellas selvas donde nunca entra ningún cazador, las cuales suelen ser habitación tranquila y segura de toda clase de fieras. Acuérdesse, pues, el cura, que